

# LA COMUNICACIÓN COMO VACÍO ACADÉMICO

Felipe López Veneroni

## 1. INTRODUCCION (UNA VISION PERSONAL DE LA CRISIS)

Que en fechas recientes en América Latina, o cuando menos, en México, se esté hablando cada vez con mayor insistencia de una crisis en la enseñanza y la investigación de la comunicación y, por ende, en la estructura y discurso académicos sobre la que descansan tanto sus objetivos pragmáticos como su pedagogía particular, su semántica y su eje teórico conceptual, es y no una paradoja.

Lo es si tomamos en cuenta que pocos espacios académicos relacionados con el discurso de las ciencias sociales gozan de tanta demanda y popularidad como las ciencias de la comunicación, al punto que sólo en México se habla de algo así de 80 mil estudiantes en los ciclos escolares más recientes (un entusiasmo que no podrían imaginar, ni en su mejor momento, la sociología, la antropología o la ciencia política); no lo es, sin embargo, si atendemos al hecho de que, debido a la peculiar elección de su esfera objetiva, la tendencia dominante en la mayoría de los programas y planes de estudio y en los trabajos y programas de investigación vigentes, cuando menos en las universidades mexicanas (1), presuponen una estructura y un contenido aparentemente tan vasto que no sólo rebasan la lógica tanto de una disciplina técnico-profesional como la de una de carácter crítico-histórico, sino que ante todo escapan a la esencialidad problemática de aquello por lo cual se define nominalmente su campo, es decir, la comunicación.

Si bien me parece conveniente aclarar que, desde una perspectiva individual, hablar de crisis en las instituciones científico-académicas no resulta en sí motivo de alarma(2), lo que llama la atención de manera particular en el caso de las ciencias de la comunicación son dos cosas: por una parte el que apenas hasta ahora se reconozca la necesidad, desde el interior mismo de las instituciones en las que aquéllas se han formalizado, de cuestionar sus bases de carácter lógico conceptual y epistemológicas que, en otros campos, tradicionalmente ha precedido y acompañado el desarrollo de su pedagogía e investigación; por la otra, el que aún se tienda a sustentar en la relación inmanente con el universo problemático que refracta la dinámica particular de operación de los mass media y sus usos (que es precisamente aquello que las aleja de su definición nominal, es decir, de la comunicación) una suerte de exclusividad a partir de la cual se cree lograr el grado de autonomía o singularidad que las distingue de otros campos del saber científico social.

Nuestro modo de entender y plantear la crisis que acentúa este espacio académico quizás difiera formalmente del modo en que la entienden otros comentaristas del fenómeno, toda vez que desde la perspectiva que quisiera desarrollar el problema fundamental que aqueja el discurso académico de las ciencias de la comunicación, cuando menos en la experiencia mexicana, no radica tanto en las condiciones inmediatas de carácter estructural para la enseñanza y la práctica profesional del periodismo y de las diferentes técnicas de la información, (así como de la multiplicidad de estudios en torno de las tecnologías que hacen posible su difusión a gran escala y sus efectos) -cuya naturaleza es de carácter técnico-profesional-, sino en la falta de una reflexión lógico-conceptual más amplia y sistemática respecto de las diferencias formales y pedagógicas que se refieren a la investigación de los problemas comunicativos, cuyo carácter crítico-histórico la ubica como un momento específico de los debates constitutivos del campo problemático de la teoría social. Para ponerlo de manera necesariamente provocativa: en nuestras latitudes el estudio de la comunicación ha tendido a permanecer en un vacío académico.

Me atrevo a sugerir lo anterior en virtud de que, dado el origen peculiar (inicialmente pragmático y, mucho después, teórico) de la disciplina, ésta tiende a desenvolverse en una confusión problemática que busca amalgamar, en un solo programa académico, tanto la enseñanza de las técnicas propias para la formación de periodistas y profesionales en la elaboración de mensajes, destinados a transmitirse tecnológicamente a gran escala, como las que corresponderían a la investigación en comunicación, sin haber dado el paso, necesariamente previo, de establecer una discusión sistemática respecto de los preceptos de carácter conceptual y metodológico indispensables para plantear el problema de la determinación objetiva de uno y otro fenómenos y, consecuentemente, para elaborar las líneas propias de su investigación y crítica. Por tanto, en nuestros planes de estudio aún sigue sin establecerse el espacio adecuado para una reflexión de esta naturaleza, la cual debiera ser una fase consustancial, consistente y sistemática, a lo largo de toda la formación académica (3).

Ya en trabajos anteriores\* hemos expuesto el argumento de que en el plan de estudios vigente de muchas universidades mexicanas existe un desfase entre a) un aparentemente vasto universo teórico (que extiende el concepto de comunicación arbitraria e indistintamente a campos tan disímiles como los de la publicidad, la mercadotecnia y las relaciones públicas; la producción audiovisual, el periodismo y la crítica de cine; los fenómenos de expresividad y organización animal y los que tienen que ver con inteligencia artificial, la industria telemática, la interfase máquina-hombre, máquina-máquina) y b) el comparativamente reducido espacio donde en realidad se puede ejercer la disciplina en términos prácticos, es decir, como periodismo y/o diseño y elaboración de estrategias y mensajes especializados con fines específicos y técnica o tecnológicamente reproducibles, en oficinas de prensa de organismos privados y burocráticos o en los medios y agencias de producción radiofónico audiovisual.

Este desfase tiende a multiplicarse en el conjunto de estudios y análisis que, presentándose como investigación en comunicación, más bien responden a una aproximación a veces sociológica, a veces económica, a veces psicológica o jurídica y, en no pocas ocasiones, como ha señalado atinadísimamente Eliseo Verón, puramente intuitiva, respecto de los medios de información y su operación de cuando menos tres formas fundamentales:

1. en su estructura como tal y/o en su potencial -abstracto o ideal- para «acercar» a las culturas y los hombres, facilitando la vida moderna en todos sus aspectos, o su contrario: como mecanismos de extensión imperialista y de enajenación individual;
2. en su inserción particular en la estructura político económica y jurídica de una formación social determinada (quién los detenta, cómo se organizan sus operadores, etc.) y

3. en el de los efectos que los mensajes transmitidos a través de los medios aparentemente tienen en la formación de la conciencia, la producción de la cultura y la determinación de la soberanía nacional (o, desde posiciones más ambiciosas, la de toda una región de formaciones sociales similares -ie. Latinoamérica). Siguiendo a otros autores \*\* también hemos argumentado que este desfase es el resultado de la urgencia por una parte de responder a la demanda política de ejercer una crítica respecto de la presencia extranjera a través de los medios en Latinoamérica y, por la otra, a la de conferir un carácter de «cientificidad» a las especialidades técnicas para mejorar y ampliar su inserción en el mercado de trabajo cada vez más profesional, lo que indujo a que se improvisara el término «comunicación» como añadidura ad libitum a escuelas y programas de estudio originalmente destinados a la legítima formación académica de periodistas. En muy buena medida, esta añadidura es correlativa al hecho de que, tanto en su vertiente crítica como en su vertiente integrada (4), los cultivadores de la disciplina tácita o explícitamente dieron por aceptada una semántica que emana del marco teórico-conceptual (ampliamente cuestionado en otras áreas de las ciencias sociales) que asume la comunicación como una sustancia con un valor propio de carácter universal y que, en términos sociales, la «concretiza» como una operación instrumental, analíticamente cuantificable y sujeta a la mecánica de esquemas precalculados (5). En otras palabras, implícita o explícitamente se dio por aceptado que una teoría de la comunicación y su expresión académica como ciencia (o ciencias) de la comunicación constituye un campo que puede establecerse al margen de o, en todo caso, desde el exterior mismo del campo de la teoría social.

Tanto en el origen real de nuestras escuelas y facultades como en el marco teórico que aún tiende a predominar, se expresa esencialmente un equívoco formal: el que aún hoy permanezca prácticamente intacto el ejercicio de una crítica de carácter epistemológico de los preceptos sobre los cuales opera nuestra pedagogía y nuestro análisis respecto de la delimitación problemática de las esferas de la comunicación y la información. Por ello, lo que en sus

programas y planes de estudio se presenta como una vastedad problemática -impensable para otras disciplinas acaso más modestas, pero desde luego más precisas- en realidad tiende a una articulación que, cuando intenta comprimir en una sola formación aspectos formativos cuya sola complejidad técnica o analítica ameritaría años de reflexión y ejercicio, inevitablemente fragmenta y dispersa las posibilidades de un verdadero desarrollo profesional o las de una aprehensión más amplia y formal de fenómenos que corresponden a esas esferas conceptual, objetiva y prácticamente diferenciables. Y no lo hace porque al fijar en los medios la problemática del estudio de la comunicación deja de plantearse todo un conjunto de materias de carácter teórico conceptual y metodológicas que, si bien no son requisito para el ejercicio del periodismo y la información en general, resultan básicas para el desarrollo de una investigación social sistemática y amplia.

El que en nuestras latitudes aún se mantenga que el estudio de la producción, circulación y efectos de la información y de las tecnologías que hacen posible su transmisión no sólo es automáticamente análogo a la investigación en comunicación, sino que la objetividad de ésta pueda determinarse en la problemática de aquéllas, es quizás el síntoma más claro de la dimensión de la crisis que nos afecta. Al margen de la validez y necesidad de estos estudios, la condensación de su planteamiento reduce la perspectiva de la comunicación a un problema de técnicas, expertos y críticos, lo cual la suspende en una esfera de especialización que margina de sus consideraciones la historia colectiva individual de los sujetos y las relaciones prácticas que éstos establecen en el marco plural y dinámico de las formaciones sociales, o bien trata de explicar éstas a partir de la fracción de la realidad que se manifiesta a través del problema de la información y de los medios.

Tomando como base algunas de las más recientes aportaciones a los debates del campo problemático de la teoría social (6), sostengo que una crítica lógico-conceptual de las esferas de la información y la comunicación (la que eventualmente podría constatare en términos empíricos), nos llevaría a reconocer que ambas se refieren, en la teoría y en la práctica, a dos campos problemáticos que obedecen a una causalidad distinta, que se expresan de diferente manera y que imponen, para su estudio y comprensión, requerimientos pedagógico académicos diferentes, toda vez que en el caso concreto de la información hablamos esencialmente de un área técnico-profesional (lo que tiene implicaciones concretas al hablar de investigación en medios), mientras que en el caso de la comunicación nos enfrentamos a un problema cuya dimensión histórico social es irreducible al de la reproducción técnico especializada que se manifiesta en el uso y operación de los medios.

Nuestro argumento, entonces, es que la relación entre los problemas específicos que nos plantean la formación de profesionales en el manejo de la información, los estudios en torno a los medios y la investigación en comunicación no podrá superar el grado de ambigüedad heredada de ese convencionalismo académico que da por aceptada la relación inmanente entre medios de información, información y comunicación hasta que no se desarrolle desde una perspectiva teórico-social el reverso objetivo del proceso conceptual que yuxtapone a la dimensión histórica de un fenómeno social el carácter técnico especializado de una problemática sólo propia de lo inmediatamente contemporáneo. Se trata, me parece, de replantear el problema de la comunicación no como una entidad o cuerpo autónomo que requiera (o anda en busca) del surgimiento de una ciencia particular, que determinase su objetividad por encima del conjunto de problemas que prefiguran el espacio genérico de la investigación crítica de lo social, sino precisamente como un momento que, al reclamar su determinación objetiva dentro del todo social, no puede plantearse al margen de una teoría de lo social.

## 2. DE LA PRAGMÁTICA DE LA URGENCIA A LA CREACIÓN DEL BLOQUE(O) HISTÓRICO

La idea de que la investigación en comunicación y la determinación conceptual de su ámbito se definen en función de la particularidad concreta de los medios y su aparición en la vida social, es decir, al margen o separadamente del resto de las condiciones teórico metodológicas de la investigación científico social (con toda la carga histórico antropológica, lingüística y filosófica que ésta supone en terrenos más críticos) hasta cierto punto se explica como resultado de un desarrollo académico que, siguiendo a Trotsky y Novak, podemos calificar de desigual y combinado, el cual estimuló por una parte, especialmente durante las décadas de los 60 y los 70, una serie de licencias intelectuales muchas veces disfrazadas de compromiso político (o compromiso histórico de clase, etc.) y, por la otra, adecuar cualquier actividad intelectual a una suerte de sofisticación verbal tecnológica todavía muy de moda.

A la par de la creciente tecnologización que desde hace tres décadas estamos viendo en muchas actividades, infinidad de disciplinas y especialidades han ido encontrando un acomodo semántico aparentemente más digno, en virtud del cual, por criterios puramente instrumentales, se ha tendido a elevar al grado de «ciencias» actividades profesionales como la contaduría y la administración, las finanzas y los cálculos de población o el estudio de los mercados (pienso también en términos como «ciencias penales» o esa actividad tan socorrida en las grandes corporaciones transnacionales y en la política norteamericana de «imagen pública e imagen corporativa»). El que en nuestras academias se fusionen periodismo y técnicas de información con el concepto de «ciencias de la comunicación» no es ajeno a este proceso. Las condiciones particulares del desarrollo de buena parte de la academia latinoamericana, en especial en lo que se refiere al campo de las ciencias sociales -con la muy clara excepción de la arqueología y ciertas formas de etnografía y antropología-, tradicionalmente la han situado en un proceso imitativo, por el cual hace suyo de manera incompleta el reflujo de los campos predominantes en otras geografías intelectuales. Es decir: suele aceptar el establecimiento de los campos problemáticos que se gestan en diversas academias, pero no siempre se da el tiempo para reproducir el proceso de reflexión lógico-conceptual que antecede al establecimiento de un campo problemático.

Mientras en países como Estados Unidos el periodismo se incorporó formalmente a la institución y discurso académicos en las postrimerías del siglo XIX, en México sólo aparece como una instancia profesional a mediados de los años 50'; a su vez, debido al papel preponderante que ocupan los diversos medios en las fases avanzadas de la sociedad industrial y de consumo, lo que en esos países se instituyó propiamente como investigación y estudios en técnicas de difusión masiva (communications research), en términos de un espacio ambiguamente relacionado, por una parte, a los estudios conductistas en psicología social y a las demandas extraacadémicas de la investigación comercial y, por la otra, a la sociología contemporánea de la cultura y su crítica filosófica\*\*\*, aquí vino a fraguar, mucho más tarde, como reflejo de la llamada sociología de la dependencia.

Pero mientras que las vertientes críticas europeas surgieron de un proceso primario de reflexión filosófica, sin proponer que una eventual sistematización de su labor de crítica era sinónimo de la creación de una nueva disciplina (mucho menos de una ciencia de la comunicación); y mientras que los norteamericanos no suelen llamar a su actividad periodística como comunicación (aunque sí tildan en ese sentido sus estudios de opinión pública y de mercado), en México y América Latina se han amalgamado ambas tendencias para crear precisamente aquello que no existe en otras geografías intelectuales: la idea de una ciencia (o de un conjunto de ciencias) dedicadas a la comunicación por el hecho de estudiar los fenómenos informativos de carácter electrónico.

La transición que marcó el cambio de la orientación originalmente periodística de muchas de nuestras escuelas hacia una formación más «densa», incorporando lo que en ese momento se manifestó como la novedosísima y atractiva temática de la producción audiovisual y luego la del análisis de contenido (!no hay que saber matemáticas y a lo mejor hasta sales en televisión!), se debe en parte al crecimiento, expansión y surgimiento de cadenas periodísticas, de radiodifusión y televisión internas y la consecuente demanda de profesionales en el campo. Pero también es resultado de la expansión de las firmas transnacionales de publicidad y marketing en América Latina y a nuestra demarcación como mercado estable y potencial para el consumo de la producción ajena, con la ventaja para tales empresas de estar nosotros incapacitados no para oponer un «modelo nacional y/o cultural propio»(7) a su presencia publicitaria y de entretenimiento, sino para oponer un modelo publicitario-informativo similar, capaz de competir en los mismos términos comerciales con el de ellas (cosa que ahora están logrando, por más que nos parezcan cuestionables, espacios como Televisa y TV Globo). Aquí atestigüamos una suerte de pragmática de la urgencia o, si se prefiere, villista (dispárese, luego averigüese), por la cual primero se dispone el campo y se le confiere una realidad nominal y sólo después se comienza a plantear el problema de discutir cuáles son los postulados de carácter lógico, metodológico y

epistemológico sobre los que se llevó a cabo tal generación y denominación. En suma: nuestras academias no surgen de un proceso de debate teórico conceptual sobre los problemas del lenguaje y su representación del mundo social, ni de la incorporación crítica de ciertas perspectivas filosóficas al debate de una teoría social, sino de la necesidad de dar legitimidad profesional al periodismo, a la que luego se le fueron añadiendo temáticas relativamente conexas.

Así, el intento original que animó la constitución de un campo profesional (intento que mantiene una vigencia notable a la luz del continuo desarrollo de las tecnologías empleadas para transmitir y recibir a gran escala datos, noticias, mensajes y programas de entretenimiento) no se desarrolló o evolucionó en su conclusión lógica: la creación de cuerpos colegiados, de carácter ético normativo y profesional, para garantizar las condiciones económicas y estructurales del ejercicio digno de la profesión. Más bien creció como un vasto agregado de proposiciones y aproximaciones tangencialmente relacionadas con este ejercicio, transformando la nominalidad de una licenciatura en periodismo primero en «periodismo y comunicación colectiva» y ahora en la más pomposa, si bien más vaga, «ciencias de la comunicación»\*\*\*\*.

### 3. HACIA EL PLANTEAMIENTO DE ALGUNAS PRECISIONES CONCEPTUALES

El uso de los términos comunicación e información que subyace en la articulación de los problemas fundamentales que aquejan a nuestras escuelas y facultades aun dentro de esas vertientes que asumen una actitud crítica y combativa, es una herencia del modelo teórico que emana de la (in)definición conceptual de la comunicación profesada por el empirismo funcionalista y un modo instrumental de razonamiento. En contra de la apariencia retórica que esta discusión pudiera presentar, me parece que la operación teórico conceptual que supone la distinción entre aquellas no sólo se inscribe dentro de la esfera de problemas puramente lógicos, sino que está formalmente ligada al modo concreto en el que se practica una enseñanza y una investigación específicas y a las carencias o contrariedades que son las que ahora se está cuestionando.

Es precisamente en la fusión indistinta entre ambas categorías o, más propiamente, entre ambos conceptos, donde se expresa el equívoco fundamental de una formación que pretende ofrecer como un solo paquete académico pedagógico lo que en realidad se limita concretamente al problema de las técnicas de información en general, particularmente aquellas que se operan a través de tecnologías de alcance masivo. Por los limitantes de su origen pragmático peculiar y los de la herencia teórica a la que hemos aludido, nuestra disciplina carece de los elementos metodológico conceptuales para captar y plantear el problema de la comunicación como una expresión de la esfera histórico cultural común a toda forma de vida y relación sociales.

A nivel teórico, esta distinción supone una operación lógico conceptual que se dirige al modo en que se define el sentido práctico característico de una y otra esferas problemáticas, el que a su vez condiciona la diferenciación en el modo en que nos planteamos la investigación y el estudio en uno y otro caso. Toda vez que en la esfera de la información nos ubicamos en el marco de un conjunto de técnicas expresamente orientadas a la generación de mensajes (verbales, escritos, icónicos) con una intencionalidad específicamente instrumental, que serán operados mediante una determinada tecnología, estamos hablando de una operación que esencialmente reproduce ciertos elementos de un discurso socialmente establecido a través de su apropiación selectiva, su manejo especializado y su mediación tecnológica. Se trata entonces de una operación que requiere de un grado de especialización técnica y de una mecánica que no sólo se abstraen del modo práctico en el que se comportan los sujetos sociales, sino que se opone a éste en tanto que la propia dinámica que la hace posible la ubica en una relación espacial y temporal inversa al espacio y al tiempo de las relaciones sociales: la información sólo es posible como un acto de carácter técnico, posterior a los procesos de constitución del universo simbólico referencial propio de una configuración social.

El sólo hecho de poder tomarse el tiempo para diseñar, elaborar y reproducir los mensajes informativos, de poder precalcular su estructura y contenido, de anticipar su durabilidad y sus efectos, así como de corregir, editar o incluso detener y cancelarlos en un momento dado, ubica al acto informativo en una relación espacio temporal sancionada por una posibilidad de la que se carece en el modo práctico de las relaciones sociales, es decir, mientras que éstas se dan en un plano sujeto a la irreversibilidad de las relaciones prácticas, las técnicas y el manejo de la información operan en un espacio donde se hace posible justamente lo contrario: su reversibilidad. Nuestro actuar y hablar, el conjunto de disposiciones y representaciones a partir del cual nos movemos e interactuamos en la cotidianeidad no opera sobre la base del cálculo selectivo que se hace necesario para la elaboración de un mensaje; no opera tampoco en un espacio seleccionable y ocurre en una temporalidad que no puede, a diferencia del mensaje y el medio informativos, editarse, congelarse, anticipar y preverse e incluso experimentar varias formas antes de emitirse.

La esfera de la comunicación, por el contrario, en su continuidad irreversible, nos remite una y otra vez a una antropología que se actualiza y realiza en cada momento de las relaciones sociales; se trata de una propiedad inalienable del sujeto social que no depende de las operaciones especializadas ni de las tecnologías, sino del conjunto de prácticas lingüístico-culturales a partir de las cuales crecemos dentro de un modo específico de utilizar el lenguaje y el conjunto de representaciones simbólicas que se hacen explícitos en la forma particular que adquieren las relaciones de una colectividad más allá de la «fase involuntaria» de la producción material. La esfera comunicativa se instituye como un proceso de interacción colectiva que cifra los términos de su posibilidad en la capacidad, específicamente social (y por ello cultural), de establecer un entendimiento mutuo como, y a partir de, una mediación simbólica de la realidad (8). Puede sugerirse que las particularidades que deslindan el proceso de determinación objetiva de la comunicación y la información, inicialmente se expresan en las diferencias que distinguen el proceso social de producción de formas simbólicas como una fase constitutiva del ser práctico del hombre y del conocimiento que este modo de ser supone, frente al de la reproducción selectiva y especializada del manejo técnico de ciertos elementos discursivos de un orden simbólico socialmente establecido (9).

Si la información por una parte es ante todo un fenómeno cuyo ejercicio requiere de un grado concreto de profesionalización y maestría técnicas (lo que la distingue del uso normal y cotidiano que todos hacemos de los más diversos elementos simbólicos), la comunicación es un fenómeno que corresponde al mundo del conocimiento que se expresa como existencia práctica de todo sujeto colectivo individual y no una actividad profesional reservada al especialista. Tentativamente, entonces, puede proponerse que la determinabilidad de lo comunicativo es proporcional al grado de la producción práctica de conocimiento colectivo de una formación determinada y a la cohesión interna de sus grupos para generar un sistema de representaciones de interpretación e intercambio simbólicos de la realidad. Acaso convenga, con todas las limitaciones de entendimiento que su lectura impone, recordar a Heidegger: «Las palabras y el lenguaje no son envolturas en las cuales se empaquetan las cosas para el tráfico y comercio de quienes hablan y escriben. Es en las palabras y en el lenguaje donde las cosas adquieren su existencia y como las cosas son.»

La necesidad de establecer una diferenciación inicialmente semántica y conceptual entre comunicación e información no puede dejar de trasponerse en el modo en que una formación académica articule, o deje de articular, sus programas y líneas de trabajo: lo que en términos epistemológicos y metodológicos exige clarificación y diferenciación, en términos de conceptualización y preparación académica supone la correspondiente diferenciación de enfoques, programas y requerimientos académicos.

Para aproximarnos al estudio de la comunicación inicialmente requerimos partir de la globalidad problemática que se expresa en una determinada teoría social, a fin de contar con los elementos conceptuales para acceder a una comprensión más adecuada de las bases sobre las que se generan tales sistemas de representaciones culturales, así como para plantear su posible interpretación como reconstrucción crítica de los elementos simbólicos que los constituyen, respecto de los cuales lo que se reproduce selectivamente en los medios es su abstracción distanciada, expuesta en un orden de gramaticalización ajeno al que opera en las relaciones prácticas de la producción social de las formas simbólicas.

Los niveles de operación lógico conceptual particulares que se expresan en la mecánica de uno y otro campos, entonces, presuponen una disposición académica e intelectual que se diferencia tanto por la teleología implícita como por los principios de carácter epistemológico explícitos en una y otra

dimensiones, los cuales no son opuestos sino distintos. En un caso estamos frente a la capacidad de un ejercicio técnico-profesional de carácter especializado: la mediación tecnológica de la apropiación y reproducción selectiva de las formas discursivas socialmente establecidas, a través de su manejo semántico e iconográficamente especializado. En el otro nos ubicamos ante una capacidad de carácter colectivo que no puede plantearse al margen de una teoría social precisamente porque su naturaleza, la mediación simbólica de la realidad en que operan los sujetos a través del uso, adecuación y tematización prácticos de las diversas formas simbólicas en sus estrategias de acción, como modo práctico de intercambio, es necesariamente anterior y está más allá de la acción técnicamente mediada de la información.

Estos principios se convierten en opuestos precisamente cuando se violenta la relación que los determina y se subsume indistintamente la problemática de una esfera, y las operaciones lógico-conceptuales que requiere su comprensión, dentro del universo particular de la otra que es precisamente lo que ocurre cuando, en nuestras latitudes, se intenta acceder al plano de comprensión crítica de la dimensión histórico social de la constitución de las relaciones comunicativas y su manifestación objetiva, mediante el estudio de los modos particulares en que opera una actividad reservada a especialistas y objetivada en los medios. Al obviarse en la constitución misma de nuestros espacios disciplinarios el contacto con la crítica epistemológica, la filosofía del conocimiento y los problemas metodológico conceptuales propios de la teoría social, se realiza una operación lógica que extrapola el estudio de una fracción de la realidad específicamente contemporánea (el problema de la producción especializada y la reproducción tecnológica de la información) al diagnóstico de los problemas de la cultura, la conciencia, el conocimiento y la acción práctica, lo que nos conduce a tratar de explicar las condiciones de la producción de ésta a partir del análisis de una instancia que no le es constitutiva. La influencia que éstos pueden tener, o no, en el modo en que se nos presentan algunas fases de la actividad social debe medirse, siempre, en y contra el trasfondo objetivo del conjunto de prácticas sociales, ya establecidas y en movimiento, de una colectividad determinada.

Así, si de hecho la falta de esta operación intelectual imposibilita captar el origen histórico de las condiciones prácticas que, al hacer explícita la posibilidad de la comunicación como modo necesario de la existencia colectiva, también hace posible plantear teóricamente su problematización, la extrapolación en la que incurre paradójicamente atrofia el sentido crítico que originalmente anima el estudio sobre los efectos culturales de los mass media: en la medida en que se reducen las posibilidades de concebir la dimensión necesariamente histórica de la comunicación como objeto de estudio de lo social, se reduce proporcionalmente la capacidad de establecer el objeto de la crítica y su ejercicio. Por valioso que sea en términos de una respuesta a la inmediatez política y social, el sólo espíritu de la denuncia no sólo no hace revolución, tampoco hace academia.

Por una parte es necesario cuestionar la presuposición-muchas veces tácitamente asumida- de que los medios generan los mecanismos del poder político, de la reproducción del capital y de la configuración de la ideología o, cuando menos, de los discursos de legitimación: los medios ciertamente se añaden a estos procesos como una variable compleja que acentúa sus dimensiones y alcances, pero en un sentido objetivo e histórico estos procesos, como tales, preexisten a la aparición de los medios y sus mecanismos de reproducción no se agotan en el uso de los medios. Por la otra, es importante desmitificar la proposición de que los medios tienen el efecto de enajenación/manipulación total del individuo que muchos estudiosos y críticos latinoamericanos (y no pocos europeos) les atribuyen (10): éste sólo sería posible si la existencia del sujeto social fuera un acto de generación espontánea dado en un contexto de absoluta fragmentación personal y ajeno a todo contacto social (y a la historia y cultura específicas que éste impone), es decir, sólo si cada uno de nosotros respondiera, en términos weberianos a una tipología similar a la que se expone en El enigma de Gaspar Hauser. En el mundo de lo social no hay tal cosa como un vacío simbólico y la apropiación selectiva y especializada de símbolos no supone la suspensión de su producción social.

#### **4. SOBRE LA NECESIDAD DE REPENSAR LA COMUNICACION COMO TEORIA SOCIAL**

El problema de la definición objetiva del fenómeno de la comunicación, como condición que precede y, al mismo tiempo, que se realiza como un momento de la problemática que investiga la teoría social, no puede establecerse al margen de la historicidad que antecede y condiciona la multiplicidad de objetos por los que se prefigura la totalidad de una formación social. Las formas en que éstos se realizan y transforman, las formas en que pueden permanecer o cambiar, son inalienables de los modos de existencia práctica (política, económica, lingüística, estética) de los sujetos en relación social. La construcción y transformación de los espacios de subjetividad en los que habitamos y nos desarrollamos, y su objetivación en tanto formas simbólicas invariablemente presentes y constitutivas de nuestras estrategias de intercambio y mediación colectivo individual, no son resultado inmanente ni automático de la percepción del orden gramatical e icónico de los mensajes tecnológicamente mediados que, por su propia mecánica especializada y por la reversibilidad discontinua del espacio y el tiempo en el que se suceden y se transmiten, se abstraen de los determinantes reales que subyacen en la irreversibilidad continua del tiempo y el espacio en el que transcurre la existencia concreta de toda colectividad y de todo individuo dentro de una colectividad. A la mecánica que hace posible la elaboración de la información como parte de los múltiples mecanismos de reproducción y dominación de un orden determinado, se opone la capacidad de divergir de y resistematar sus componentes simbólicos en función del grado de contradicción de éste respecto de la experiencia real de las condiciones objetivas de nuestra existencia, resultado de la capacidad de acción práctica de toda colectividad y del conocimiento que esta práctica genera, a las que damos representación y forma en tanto sujetos en un campo de acción determinado.

Es en este proceso donde se cifra el acto comunicativo no sólo como un acto inmanente social, sino en el que, de acuerdo al cúmulo de experiencias, conocimientos e intereses inmediatos heredados que nos es socialmente inalienable, se funda esa capacidad de distanciamiento y resistencia cultural que posibilita tanto una resistemización del conjunto de mensajes e imágenes provenientes de un proceso de imposición tecnológicamente mediado, como la incorporación selectiva de algunos de sus elementos al sistema colectivo individual de representaciones del subordinado, sin que por ello se abandone (!como si el individuo realmente pudiera deshacerse voluntaria o involuntariamente del lenguaje y formas simbólicas que lo constituyen!) o socave el denso sedimento cultural en el que todo grupo e individuo esta envuelto y a partir del cual se desarrolla y expresa como tal.

Captar esta dinámica y, ante todo, plantearla como problema de investigación no puede hacerse desde el espacio inherente a los medios precisamente porque en la posibilidad de éste ya están implícitas la constitución del orden simbólico y la complejidad dinámica que permite institucionalizar el proceso sistemático de apropiación y reproducción selectiva de sus elementos, a través de la intervención del especialista y de su difusión tecnológica. El entendimiento del orden simbólico que antecede al uso especializado del discurso a través de los medios -y que al hacerlo posible también impone las condiciones que limitan su efectividad- sólo puede comenzar a plantearse en la medida en que se haga explícita la problematización de su constitución. Esto supone, precisamente, plantear el reverso de la pregunta que se suele tratar de responder desde el espacio del estudio de los medios (ie, cómo afectan los medios la expresión o formación colectiva e individual de la conciencia, la cultura y la soberanía) y, primero, dar forma a la pregunta por las condiciones que subyacen en y hacen posible la constitución, diversificación y transformación del conjunto de prácticas y representaciones colectivas que nos es socialmente inalienable (11). Por el peso de su propia complejidad, el reverso de esa pregunta nos obliga necesariamente a escapar de la inmediatez tecnológica de la información y los medios y nos lleva, nuevamente, a una dimensión histórica social cuya comprensión reclama un proceso de reconstrucción crítica del conjunto de prácticas colectivas en las que nos desarrollamos (lo que, al mismo tiempo, nos permite escapar de la falsa dicotomía entre objeto y sujeto en la que inevitablemente se cae cuando fijamos el problema de la comunicación como una inmanencia tecnológica).

Fundar una teoría y una práctica de la comunicación (crítica o integrada) en referencia inmanente con el problema de los medios y su correspondencia con la forma temporal en la que se manifiesta un sistema político económico, es incurrir en el mismo error epistemológico en que incurrió la economía política clásica (la fetichización de la mercancía) y que hoy repiten el monetarismo y la teoría del mercado libre al plantear éstos como espacios «naturales» de la riqueza social. Si bien al asumir frontalmente el problema de la crítica de los medios se da la apariencia de estar respondiendo a las urgencias que nos

plantea lo inmediatamente contemporáneo (las que inevitablemente sólo podemos captar de manera fragmentada), de poco sirve el diseño de todo ese caudal de estrategias y políticas para cambiar el manejo de los medios si se ignora que su institución y los problemas particulares a que dan origen no surgen por sé: nos remiten y refieren siempre al doble juego de las condiciones históricas en que se enraizan nuestras disposiciones y representaciones culturales y de la lógica práctica que entra en acción en nuestras estrategias de relación e intercambio.

Que los medios facilitan una penetración cultural que desvirtúa nuestra cultura es una afirmación sin duda llamativa, interesante, provocativa. Pero ¿a qué exactamente nos estamos refiriendo al hablar de nuestra Cultura: la de los indígenas que aún se conserva relativamente pura en varias regiones del país y que, sin embargo, es tan diversa que no podría clasificarse dentro de la misma perspectiva a los indígenas de la costa de Oaxaca que a los de las montañas de Chihuahua? ¿O a la de los habitantes de las urbes respecto de las provincias? ¿Y en uno y otro casos, a qué posiciones dentro del espacio social nos estamos refiriendo: a la de los subempleados que ha ido creando toda una forma de subsistencia al interior de las ciudades perdidas, pero cuya «cultura urbana» no tiene ni dos generaciones de establecida y que aún guarda muchos elementos de carácter rural, o a la del habitante del «barrio bravo» que responde a y genera (lingüística, sexual, económica, estéticamente) una cultura específicamente urbana, cuyos orígenes se remontan a su subordinación en los inicios de la Colonia?

En este contexto ¿podemos establecer algún dictum de carácter universal para afirmar que los mensajes de los medios afectan por igual a unos y a otros? ¿Nos ofrece el espacio técnico del estudio de los medios la posibilidad de determinar si el habitante de barrios residenciales percibe un anuncio de automóviles o las series melodramáticas y de caricaturas estadounidenses o europeas de la misma manera que un estudiante de universidad pública o de aquel que nunca ha salido de su entorno inmediato -rural o urbano- y cuya experiencia de la realidad presupone formas de conocimiento (y de tematizar los problemas de esa realidad) cifradas en términos que simplemente no registran el sentido del lujo (en los automóviles, en los cigarrillos, en ciertas bebidas), del exceso o la sofisticación (en la perfumería, en la ropa, en la exposición pública de modos privados de vidas llenas de artificio) que se ramifican publicitaria o dramáticamente en los medios?

Si bien todas estas preguntas tienen validez empírica para determinar el grado de extensión de una temática transmitida tecnológicamente, la investigación social en materia de comunicación tendría que establecer una topología del campo social dentro del cual se articulan las relaciones entre grupos e individuos y orientar su estudio hacia el problema de cómo se constituyen en esta articulación los espacios de representación e intercambio simbólicos que configuran la multiplicidad cultural del espacio social; las particularidades que idealmente definen, por ejemplo, la presencia de un mismo idioma (ie. hay más de 300 millones de hispanoparlantes) pero que en términos de su ejercicio práctico lo abre a una multiplicidad de usos literal y literariamente distintos. Es el estudio de las condiciones particulares de la experiencia práctica de una colectividad, de sus modos específicos de sistematizar su expresión simbólica y de sus mecanismos para resistemizarla de acuerdo a las condiciones de la experiencia de su propio desarrollo, lo que nos lleva a comprender que las disposiciones culturales de una colectividad y la lógica práctica de sus modos de intercambio simbólico no se rigen por una correlación mecánica entre emisores y receptores, con los medios como proveedores de la totalidad del discurso.

Imposible ofrecer una respuesta a cómo y hasta qué punto nos afectan los medios y sus mensajes, es decir, la información como reproducción selectiva de un orden determinado y su manejo a través de técnicas y tecnologías determinadas, si primero no damos la vuelta a la pregunta y comenzamos por plantearnos el problema de cómo se ha establecido y desarrollado el ejercicio práctico de las colectividades y su relación con el conocimiento práctico que este ejercicio produce correlativamente a los modos de entender el mundo, de representarlo y de formalizarlo simbólicamente (ie la comunicación), porque es en esa capacidad práctica y en la historicidad en la que se sustenta, donde se dan los elementos por los cuales un grupo social puede enfrentar, aun durante siglos, las formas más abyectas de penetración cultural y también llegar a asimilarlas y transformarlas en algo propio y distinto (12).

En todo caso, al no hacerse el planteamiento formal de las condiciones que hacen posible y que confieren su formalización específica a uno y otro fenómeno, se incurre en dos procedimientos tácitos que están sujetos a un cuestionamiento epistemológico: plantear la comunicación como una variable más o menos abstracta del problema del manejo de las técnicas de la información, de las tecnologías que las difunden y de la actitud de los «receptores» respecto de los mensajes que se les ofrecen y, paralelamente, conferir a los operadores de los medios el poder de determinar, a través de la tecnología, nuestros modos de actuar, pensar, sentir y entender el mundo, creándose la impresión de que estas instituciones específicas de la contemporaneidad están ubicadas, a la manera del espíritu hegeliano, por encima y más allá de la base histórico cultural implícita en su propia constitución y en la de las relaciones prácticas que establece sujeto colectivo independientemente de ellas. Dejar de captar las bases prácticas de la producción social de la realidad, y de los modos en que se objetivan sus productos, supone subsumir a ambos en una fracción de lo real que, como tal, es ajena al tiempo y espacio de las relaciones y conflictos colectivos.

## 5. HACIA UNA POSIBLE DIFERENCIACIÓN Y RECONCILIACIÓN ACADÉMICAS

Creo que en la misma medida en que hay que desmitificar el concepto de ciencia que se quiere yuxtaponer al ejercicio profesional del periodismo y de las técnicas de la información, habría que revalorar críticamente el concepto de comunicación como una problemática que sólo puede ser concebida en el interior de las relaciones sociales y por tanto como parte del complejo problemático que da forma y sentido a la investigación teórico social. Mi argumento, pues, es que hay que entender que no hay tal cosa como una o varias ciencias de la comunicación ni tampoco profesión de «comunicador social»: una cosa es una licenciatura en técnicas y artes de la información; otra, necesariamente distinta, el fenómeno comunicativo que expresa la totalidad de sujetos de una colectividad (especialistas o no en las técnicas informativas), como un campo problemático específico dentro de la investigación social. Mientras no hagamos explícitas las diferencias teórico-conceptuales que deslindan el problema informativo del problema comunicativo, el campo práctico en el que éstas se enseñan e investigan permanecerá en un estado de indeterminación que, desde la perspectiva de la crítica del conocimiento, reproduce en el ámbito de la formación académica los dos equívocos fundamentales sobre los que descansa la formulación de su discurso como disciplina en nuestras latitudes: por una parte sobrevalorar una fracción de la realidad que, al abstraer su objeto de las condiciones objetivas (histórico culturales) que lo anteceden y lo hacen posible, conduce a una comprensión fetichizada del espacio social; por la otra, dejar el problema concreto de la comunicación suspendido en un vacío, toda vez que éste queda desvitalizado de su esencialidad primaria como un modo específico del ser práctico del hombre y como instancia constitutiva e inalienable de su desarrollo y transformación. Comprender el conjunto problemático de la vida social como una totalidad es un principio lógico y conceptual al que desde luego nos adherimos; pero hacer posible esta comprensión presupone, conceptual y teóricamente, superar la indeterminación caótica (13) en la que la totalidad se nos presenta de manera inmediata; de lo contrario sólo logramos reproducir esa indeterminación primaria a nivel de discurso teórico. Así, más que apoyar el principio -por otra parte inevitable de la división disciplinaria y la especialización, nuestro argumento gira en torno del necesario reconocimiento que debemos hacer de las dimensiones particulares que componen una globalidad de problemas. Aun cuando el todo social es inseparable, no todos sus fenómenos obedecen a una sola causa y, desde luego, no todos tienen el mismo modo de manifestarse y de aprehenderse. El primer paso hacia una crítica consistente se da en la demarcación del conjunto de operaciones lógicas que corresponden a los diferentes fenómenos, así como en el reconocimiento de los límites que corresponden a cada uno, de la riqueza particular de su textura, del sentido de su movimiento y de la complejidad histórica en la que se inscribe.

En todo caso, cuestionar los problemas de una preparación profesional concreta (en este caso del ejercicio del periodismo y del manejo de la información ligados a las diversas tecnologías para su difusión a gran escala) tendría poco sentido si no cuestionamos, también, el sentido del espacio teórico a partir del cual se ha ido construyendo el discurso específico de una ciencia de la comunicación. Al preguntarnos, pues, el para qué de las escuelas de comunica-

ción, de su teleología inmediatamente práctica, de su sentido político y social y de la capacidad de inserción e influencia de sus egresados respecto de las condiciones reales de su ejercicio profesional, debemos hacer explícita la pregunta que antecede a este cuestionamiento pero que subyace implícitamente en la raíz de la crisis que enfrentan nuestras escuelas y facultades: el cómo y por qué surgen éstas y desde qué perspectiva se ha articulado su discurso. La distinción entre las esferas informativa y comunicativa también presupone una demarcación objetiva que incide en el reconocimiento de los requerimientos práctico-pedagógicos implícitos en dos universos distintos del discurso académico: por una parte los que se requieren en la formación técnico profesional del ejercicio de las diversas técnicas de la información y de sus tecnologías; por la otra, y esa es la que aún carece de una formulación adecuada, la de la comunicación como un fenómeno específicamente social cuya problemática está inmersa en y como una parte inalienable del conjunto de prácticas y disposiciones, estrategias y modos de representación simbólicos, que elaboran los sujetos sociales en el proceso de su propio desarrollo, los que no son reducibles ni concomitantes a la actividad técnico profesional que supone el manejo de los medios.

Un camino para avanzar hacia una posible solución de los problemas que aquejan a nuestras facultades sería precisamente el de instrumentar en sus programas y planes de estudio una categorización que reconozca que tanto el aprendizaje y comprensión de las técnicas para generar mensajes y operar medios, como el aprendizaje y la preparación que se requiere para desarrollar una adecuada investigación cultural, amerita una precisión pedagógica que no es posible reconciliar en una formación común. La dimensión técnico profesional del espacio informativo exige requerimientos prácticos y técnicos tan complejos y rigurosos para formar crítica y creativamente a periodistas, productores, directores, editores o guionistas en medios impresos y audiovisuales, como los que nos impone la investigación del fenómeno comunicativo, cuyo carácter histórico social presupone una formación rigurosa en las áreas de lingüística, filosofía del lenguaje, metodología y técnicas avanzadas de investigación histórico social (antropológico-etnográfica), así como de interpretación textual y reconstrucción hermenéutica.

A su vez, la investigación en medios, entendida como análisis y crítica de su manejo y sus contenidos, de los espacios donde éstos se realizan y de las relaciones político-económicas que guardan con las instituciones del poder público y de las organizaciones sindicales, se cifra como un campo problemático aparte, es decir, abierto a la necesaria convergencia de puntos de vista y aproximaciones de las disciplinas calificadas para ejercer una crítica rigurosa ya sea en términos económicos, de discurso político, pedagógicos, psicológicos o jurídicos. La opinión de quienes reflexionan desde la práctica misma de los medios (*verum factum*) en torno de los problemas estructurales y éticos de éstos (sindicales, de coerción pública, represión y censura, etc.) resulta de igual importancia para su adecuada comprensión; pero no dejemos de calibrar este espacio tanto en su dimensión como en sus límites necesarios, ya que para formalizarse a sí mismo éste no requiere ni de una ciencia específica, ni de que el cuerpo de disciplinas que convergen en su estudio y crítica, como variables dentro de sus propios campos de investigación, eventualmente conduzcan al surgimiento de algo semejante.

En su estado actual, cuando menos en México, me parece que la formación en ciencias de la comunicación sólo puede conciliar en un mismo espacio académico las esferas de la información y la comunicación a expensas de la posibilidad de una formalización teórica y profesional adecuada, tanto para quienes buscan practicar profesionalmente el ejercicio de la información, como para quienes desean optar por un campo de investigación que no sólo rebasa el problema específico del manejo de los medios y de los contenidos que éstos transmiten, sino que ubica su problemática en un campo objetivamente diferenciable. Promover el debate de tal diferenciación puede ayudarnos, en mucho, a escombrar la densa amalgama en la que se debate nuestro espacio académico y dar nuevo cauce a dos áreas que si bien tienen mucho en común, también requieren de formaciones y, sobre todo, de vocaciones distintas.

\* Véase «Cinco puntos para una Crítica de las Ciencias de la Comunicación» en Revista Mexicana de Comunicación, noviembre diciembre, 1989.

\*\* Véase, entre otros, el trabajo de Becerra, Susana y Lorenzano, Luis «Origen y Devenir de los Procesos de Comunicación», en Cuadernos del Tercer Mundo (CEESTEM) 1981; y los trabajos de Villagrán, Carlos y Cassigoli, Armando publicados en la Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales, FCPyS, UNAM, 1976 - 1977.

\*\*\* Pienso sobre todo, aunque no únicamente, en el grupo de investigadores asociados al instituto de investigaciones sociales de Frankfurt, a mediados de la década de los 20 y principios de los 30.

\*\*\*\* Aquí ha de reconocerse que la institución mexicana pionera en esta carrera, la Universidad Iberoamericana, originalmente planteó la formación con la muy adecuada denominación de «Ciencias y Técnicas de la Información». Ignoro si aún se conserve ésta, pero tengo entendido que su plan de estudios no es ajeno a la problemática general que aquí se ha planteado.

(1) En este sentido remito a los lectores al plan de estudios en ciencias de la comunicación vigente en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México, el cual sospecho que reproduce y, con más o menos variantes, se reproduce en el de otras universidades mexicanas donde se ofrece este espacio académico (la Autónoma Metropolitana, la Iberoamericana o el Tecnológico de Monterrey, por mencionar algunas), para no hablar de los programas académicos específicamente diseñados en torno al periodismo, las relaciones públicas, la publicidad y la mercadotecnia, que se ofrecen en instituciones como la Universidad Latinoamericana o la Universidad de la Comunicación (sic).

(2) El que los practicantes del quehacer científico, académico e intelectual continuamente cuestionen su labor, los presupuestos sobre los que éste descansa y también la relación que éste guarda con la realidad extracadémica es un prerrequisito que al tiempo que hace posible ese quehacer lo distingue precisamente de otras formas de ejercicio intelectual sancionadas por la ortodoxia y el dogma. En este sentido acaso el primer punto de referencia que debemos hacer respeto de la crisis en las ciencias de la comunicación es que ésta se inscribe dentro de un proceso más amplio de cuestionamiento intelectual, teórico-metodológico/teleológico y político, que cuando menos en las últimas décadas ha permeado no sólo el conjunto de las disciplinas agrupadas bajo las ciencias sociales, sino a la institución científica como tal y los espacios donde ésta se produce y reproduce.

(3) Cuando menos en el caso de la FCPyS, estos problemas se presentan de manera introductora en los tres primeros semestres comunes a las cinco carreras que componen a la Facultad (el llamado Tronco Común); pero después literalmente se obvia su discusión o, en el mejor de los casos, se remite al equivalente de dos semestres en las materias llamadas «Teorías de la Comunicación e Información», las cuales se llevan al mismo tiempo, por ejemplo, que las de «Géneros Periodísticos Informativos» o «Taller de Producción Audiovisual».

(4) Distinguiría a ambas en función de la actitud y la ética en la formación académica, en la que la primera se define como una posición que cuestiona el manejo y la propiedad de los medios, así como del contenido de sus mensajes y el modo en que se inserta el educando en el mercado profesional; la otra como la preparación de un profesional cuya formación e interés profesionales se centran en la incorporación acrítica respecto de dichos medios y que básicamente reproduce la estructura y los alcances pragmático comerciales de éstos, como instituciones ligadas al espacio del poder político económico dominante.

(5) Nos referimos aquí al marco teórico de la comunicación que se ha venido desarrollando desde la perspectiva empírico-funcionalista, predominante en buena parte de las ciencias sociales norteamericanas y europea, la cual tiende a fraccionar sus objetos de investigación como entidades o categorías autónomas que luego se aplican a diversas manifestaciones de las relaciones sociales, o bien que asume una lógica de carácter instrumental, copiando conceptos desarrollados en áreas como la física, la ingeniería o la biología y los traspolo como herramientas de explicación social. El caso de la teoría de la comunicación es sobresaliente y se suele plantear siempre en términos esquemáticos, con diagramas de flujo y división de funciones especializadas (ie: emisor, mensaje, medio, receptor, feedback y las diversas variantes que a éste se han ido añadiendo) y como una operación que puede abstraerse del ente social y manejarse al arbitrio de especialistas para dominar, persuadir o inducir a éste a un determinado comportamiento (comercial, electoral). En este sentido, tiende a obviar la reflexión lógico-epistemológica de sus presupuestos, manteniéndose siempre al margen del problema de la especificidad concreta del mundo social, el cual no es reducible al del mundo físico-animal.

- (6) Pienso esencialmente en las obras conceptuales y/o prácticas de Jurgen Habermas, Thomas Luckmann, Pierre Bourdieu y Clifford Geertz; dentro de la tradición hispánica catalana, los trabajos de Jordi Llovet, Xavier Rupert de Ventós y Eugenio Trillas resultan una referencia indispensable.
- (7) Desde un punto de vista etnográfico cabría preguntarse hasta qué punto los llamados modelos nacionales no son sino ficciones convencionales útiles para introducir al escolar al concepto de Estado Nación. En su sentido más abierto, me parece que no es prudente singularizar, ni mucho menos universalizar un término de esta complejidad, ya que la constitución de una formación social siempre nos remite a una pluralidad de formas y modos de existencia colectiva, múltiple y relativa, sedimentados en un sistema de contradicciones, como sistema dinámico en divergencia. No se pretende negar la existencia de elementos y procesos reales de penetración y dominación cultural, o de formas de imposición y mecanismos de enajenación externos e internos; pero tampoco se puede negar su contraparte activa, es decir, la capacidad social objetiva que permite la resistemización de elementos ajenos a la cultura propia y su incorporación al sistema de representaciones de ésta (una interacción que, paradójicamente, define la dinámica misma de la cultura). En todo caso no conozco formación social que pueda arrojar una total pureza mental, racial, cultural, idiomática o estética.
- (8) Algunos de los conceptos que se exploran aquí, particularmente los referidos al proceso de mediación simbólica y al de la reversibilidad/irreversibilidad que diferencia la acción social captada por el observador de la acción social en su estado práctico (que nosotros sugerimos se puede aplicar a la relación espacio-temporal en que se suceden información y comunicación) han sido previamente desarrollados en otro artículo («Globalización Tecnológica y Resistencia Cultural») aún inédito. Parte importante de estas ideas se debe a un intento de resistemizar propuestas inicialmente expuestas por Emst Cassirer en los tres volúmenes de su Filosofía de las Formas Simbólicas (publicados en México por el Fondo de Cultura Económica) que, con diversas variantes y modificaciones, han sido reelaboradas críticamente por la teoría social contemporánea, especialmente por Jurgen Habermas (véase «What is Universal Pragmatics?» en *Communication and the Evolution of Society*, Londres, Heinemann, 1981) y Pierre Bourdieu (véase *Outline of a Theory of Practice and The Logic of Practice*, Polity Press, Cambridge, 1984 y 1988, respectivamente).
- (9) La propuesta de esta distinción y los argumentos a partir de los cuales se hizo constituyen parte esencial del trabajo desarrollado en *Elementos de una Crítica de la Ciencia de la Comunicación* (Trillas, México, 1989).
- (10) Un caso de refutación palpable y particularmente reciente en México es el que señala Carlos Monsiváis respecto de la movilización política y la expresión electoral de ésta en los comicios nacionales de 1988, la cual divergió totalmente de las expectativas del partido dominante, aun dentro de un contexto informativo altamente censurado y vigilado.
- (11) Así como el lego carece de acceso al manejo de los medios, a la articulación especializada de sus imágenes y mensajes, la efectividad de los medios encuentra un límite concreto en la capacidad de cada sujeto colectivo, de cada grupo, de generar un conocimiento y un modo de entender y actuar en el mundo al cual la dinámica tecnológica no sólo no tiene acceso, sino que se opone y entra en contradicción.
- (12) Pienso no sólo en la supervivencia de los diversos dialectos, idiomas y prácticas colectivas de los grupos indígenas en México y Centro y Sur América, sino en la cultura y el idioma búlgaros que permanecieron en un estado de supresión total durante cinco siglos de ocupación otomana (no se podía hacer uso de él públicamente, ni enseñarlo o escribirlo) y que sin embargo persistió y floreció en un proceso de transmisión oral de generación en generación. Esto nos da una idea de la capacidad de resistencia de una colectividad. Pienso, también, en las relaciones de incorporación y negación simultánea de lo árabe y lo español, de lo romano y lo anglosajón, de lo germánico y lo gálico, o bien, en la persistencia y florecimiento de los idiomas céltico-galés a pesar de la penetración idiomática, militar, económica (mucho más compleja y profunda de la que podrían lograr los medios) e incluso audiovisual de Inglaterra en estas culturas de Gran Bretaña.
- (13) Véanse Kosik, Karel, *Dialéctica de lo Concreto*, México, Ed. Grijalbo (Colección Teoría y Praxis), Kofler, Leo, *La Ciencia de la Sociedad* (Madrid, Revista de Occidente, 1968) y, particularmente, el Capítulo 2; «La Construcción del Objeto de Estudio» en Bourdieu, Pierre, et.al., *El Oficio de Sociólogo*, México, Siglo XXI eds., así como los diversos textos respecto del problema de la construcción del objeto en Bachelard, Gaston: *Epistemología*, Barcelona, Ed. Anagrama.